

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EN LOS ESTADOS UNIDOS LO IMPORTANTE

DESDE el mes de abril, los periódicos de los Estados Unidos —y del resto del mundo— hablan incansablemente de lo que se llama «Watergate»: el espionaje republicano de las oficinas del partido demócrata, durante la primavera de 1972, mientras se preparaba la campaña electoral. Páginas y páginas se dedican a este asunto; infimas figuras aparecen, con sus fotografías, en la prensa; se informa con meticulosidad de los interrogatorios judiciales o senatoriales, se cuentan las declaraciones, los rumores, las confidencias; se acumulan las conjeturas; se señalan las responsabilidades, de abajo arriba, de arriba abajo, con implicaciones que llegan hasta la Presidencia. Se habla —un poco melodramáticamente— de «los crímenes de Watergate»; con mayor sobriedad, se impone la evidencia de que una considerable cantidad de corrupción ha afectado los procedimientos de la lucha política y se ha producido un encadenamiento de delitos, errores, complicidades y deseos de ocultarlos, que han desembocado, paradójicamente, en una inaudita publicidad, inimaginable en ningún otro país, infrecuente hasta en los Estados Unidos.

Uno de los capítulos de mi libro «Análisis de los Estados Unidos» (1968), se titula «El arte de mentir». Permiséme recordar algunos párrafos, porque esto nos puede ahorrar largas explicaciones:

«Los americanos no saben mentir. No he dicho que no mientan —si no lo hicieran, ¿serían humanos?—, sino que no saben. Es decir, mientan mal. Y la consecuencia es que no mientan mucho, porque para que la mentira sea realmente «practicable» tiene que tener... verosimilitud, semejanza o apariencia de verdad. Cuando los americanos empiezan a mentir, en seguida se desaniman y cambian de idea. En ninguna parte es más cierto que aquí aquello de que la mentira no prevalece». «Yo diría que el americano, sea cualquiera su intención primera, «acaba» por decir la verdad». «En conjunto, los americanos dicen casi siempre la verdad; si no la dicen, espérese un poco».

Claro está que las cosas no son sencillas. Como esto no se ha hecho nunca, como es una extraña innovación, no se puede hacer ingenuamente, porque los resultados son imprevisibles y con frecuencia inconvenientes. Sólo puede hacerse con plena conciencia, con los cinco sentidos y dándose cuenta de que se trata de algo improbable, difícil, escandaloso y lleno de problemas. «Los americanos —concluí yo— ignoran el arte de mentir. Me alegraré plenamente de ello el día que aprendan otro más sutil y delicado: «el arte de decir la verdad»».

Ahí están los Estados Unidos en bloque empleados en la tarea de deshacer unas cuantas mentiras, de averiguar hasta el fondo y calga quien caiga lo que ha pasado, con un impudor inconcebible, con una decisión escalofriante, que debería hacer reflexionar a los que no se dan cuenta de hasta dónde puede llegar ese pueblo tan distinto de todos los demás. Se ha apelado al sentido de la veracidad, y los reflejos se han disparado incontablemente. La impresión de que «ya no hay quien lo pare» traduce inmejorablemente la naturaleza de este proceso. Mientras en otros países simplemente no se habla de cosas análogas —o mil veces más graves— y en otros se habla dosificadamente y hasta un punto del cual no se pasa, en los Estados Unidos no hay límite. Y todo ello acontece a plena luz, con una publicidad de la que no se tiene ni idea en el resto del mundo.

Como la vida humana no es cuestión de mecanismos, confieso que me inquieta que se disparen en una sociedad. Cuando esto pasa, empiezan a ocurrir cosas que no son estrictamente humanas; la inercia es propia de los cuerpos físicos, no de esa realidad dramática que es el hombre; y la busca de la verdad no puede ser nunca una faena mecánica —como no puede serlo la busca de la justicia—, sino, por el contrario, el estado de alerta, la vigilancia, la supresión de todo automatismo, de todo «embalamiento».

Porque, además, los mecanismos a veces se disparan «solos», pero más frecuentemente son disparados, accionados. La inercia actúa después de haberse dado un impulso. Ya observé lo sorprendente de que el asunto Watergate, descubierto en junio de 1972, no haya alcanzado volumen e importancia hasta abril de 1973. Por otra parte, mientras el afán de saber qué ha pasado es incontenible, parece que vamos a quedarnos sin saber cómo Ellsberg pudo sustraer una «enorme» cantidad de documentos secretos del Pentágono y publicarlos en todos los periódicos, contra la voluntad del Gobierno. Que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos fallara a favor de la ilimitada libertad de Prensa, del derecho de los americanos a «saber», contra los intereses del Poder ejecutivo, me parece algo tan admirable como insólito. Pero quedaba en pie el carácter delictivo de la apropiación de esos documentos y de las innumerables complicidades que indudablemente fueron necesarias. Con el pretexto legal, técnico, de que por parte del Gobierno se habían hecho investigaciones ilícitas en los archivos de un psiquiatra relacionados con Ellsberg, el juez ha decretado que su proceso era incorrecto, y ha

sobrescrito el caso, poniendo en libertad a los procesados.

Fuera de toda consideración estrictamente legal, uno piensa que una cosa es no admitir pruebas indebidamente obtenidas y otra liquidar todo el asunto. En todo caso, y aunque la letra de la ley lo permita, no deja de sorprenderme que la insaciable avidez por conocer cuanto ha pasado en torno a Watergate coincida con la total renuncia a saber qué pasó en el Pentágono. Y pienso que la sociedad americana, más pronto o más tarde, tan pronto como pase el presente «embalamiento», se va a dar cuenta de ello y va a sentir insatisfacción.

Si no me engaño, junto al sentido de veracidad va a hacer muy pronto su aparición otro sentido, especialmente vigoroso en la sociedad americana: el del juego limpio o «fair play». En unas zonas muy considerables de ella existe un vivo deseo de que el presidente resulte implicado, lo más implicado posible, hasta llevar esto aparejadas responsabilidades muy graves. Como hay un «pensamiento desiderativo» o «wishful thinking», este deseo se traduce en «creencia» y en conductas concordantes. Ahora bien, es un principio americano arraigadísimo que todo hombre es inocente hasta que se prueba que es culpable. Algunos enemigos políticos de Nixon han recordado ya que al presidente hay que tratarlo como a cualquier otro ciudadano, «pero no peor».

Como a los investigadores de Watergate —no me refiero a los profesionales, sino a los «aficionados», como gran parte de la prensa y los demás medios de comunicación— se les está yendo la mano, no me extrañaría que todo esto terminara en un movimiento a favor del Gobierno, quizá también sentimental, de tono moral, no justificado. Los interrogatorios del Comité McCarthy, hace cosa de veinte años, produjeron tal repugnancia a la opinión, que el país entero volvió la espalda al senador y «absolvió», si vale la expresión, a los interrogados, los cuales quedaron «justificados» por la injusticia del procedimiento. (No se olvide que desde entonces se ha exhibido como un título de gloria haber sido investigado o interrogado por el Comité McCarthy, sin más averiguación.) No es imposible que algo semejante suceda ahora, si las tendencias más extremadas predominan, sobre todo si las indagaciones de los jueces o del Senado prueban que se han lanzado cargos injustos, que se ha faltado a la veracidad en contra de los inculpados. Y ello podría anular el saludable efecto y el ejemplo de esta formida-

ble investigación, que supera la fórmula de Rojas Zorrilla, «Del rey abajo, ninguno», porque no admite exenciones.

Pero hay algo que no comprendo bien: el cambio de paso y tonalidad de esa investigación después de los primeros meses, precisamente cuando —antes de las elecciones— el haber puesto microfones en las oficinas demócratas podía tener real importancia. ¿Cómo se explica el fabuloso crecimiento del asunto en esta primavera?

La verdad es que yo he estado esperando algo parecido durante muchos meses, es decir, una campaña ruidosa centrada en los Estados Unidos. Durante muchos años, la intervención en Vietnam ha parecido el tema capital del mundo. El día que se haga un recuento de lo que se ha dicho y escrito sobre ello, asombrará —si es que aún queda capacidad de asombrarse—. Pues bien, la intervención americana en Vietnam —contra todas las previsiones— ha terminado. Se han retirado las tropas, han vuelto los prisioneros. Esto es un acontecimiento de primera importancia; y si se juzga de acuerdo con las estimaciones de la intervención, de importancia colosal. Parece que habría que hablar mucho de ello. Pues bien, se ha hablado muy poco. Y la manera más segura de que no se hable es «que se hable de otra cosa».

Me he estado preguntando cuál iba a ser. He hecho algunas conjeturas, he estado a punto de aventurar algunas, aunque luego he pensado que «no hay que dar ideas a la gente». Por fin, el tema ha sido Watergate, «que ya preexistía». Esto quiere decir, sobre todo, que no se ha encontrado otro.

¿Cuáles serán las consecuencias de todo esto? A pesar de todos los aspectos negativos, del feo núcleo inicial, de la desorbitación de su tratamiento, creo que los resultados podrían ser admirables si fuese un ejemplo de que no se puede hacer trampa, ni engañar, ni ocultar la verdad, ni valerse de privilegios, ni herir los derechos ajenos; se entienda, nadie, a costa de nadie. Y si la opinión mundial se diese cuenta de lo que ello significa, y pusiese al día, de acuerdo con ello, sus ideas sobre lo que está pasando en el mundo y lo que puede pasar.

Julián MARIAS

## MANIOBRA O MANUFACTURA

TAMBIÉN las cosas tienen su genealogía. Me refiero, ahora, a las cosas hechas por el hombre: a los objetos materiales salidos de su mano. Cada cosa, si bien se mira, es hija de otra o de otras, con rasgos casi de filiación, y entre ellas se establecen históricamente verdaderas líneas familiares. Pese a lo discutible o equívoco que resulte el paralelismo biológico, creo que vale la pena de mantenerlo. Y, por lo menos, en cuanto a las cosas digamos más sencillas, la observación es fácil e irrefragable. Pensemos en el plato o en la cacerola, pensemos en la silla, pensemos en la casa. Hay museos que ponen a nuestro alcance el repertorio de informaciones adecuado, y abundan los libros con ilustraciones y datos pertinentes. Tal vez el plato sea el ejemplo que, a fuerza de «probar mucho», parezca de menor validez. Al fin y al cabo, la evolución del cuenco primitivo al plato —plano— es el único episodio a constatar, y el resto del asunto no pasa de ser variaciones de tamaños, adornos y calidad. Pero con las demás vasijas domésticas ya se preclean los diversos avatares formales —y no sólo formales— del trasto: entre la olla de barro prehistórica y la olla a presión consumista existe una concatenación «hereditaria» rigurosamente controlable. En cuanto a las sillas y a sus parientes colaterales —balancines, butacas, sofás, taburetes, sillones de odontólogo o de barbería—, el asunto es de una evidencia total. Como lo es el de las casas, con sus congéneres: palacios, templos, fábricas, teatros. El proceso de la Arquitectura a lo largo de los siglos, con sus interrupciones y sus saltos, no pone en entredicho la constatación...

Antes de seguir adelante, saldré al paso de algo que muy naturalmente se me podrá oponer: el arte y la parte que al hombre corresponden en la elaboración de las cosas. Desde luego, las cosas son obra —y a ratos, obra y gracia— del hombre: manobra. O manufactura, si se prefiere. En todo caso, obra o hechura de su mano, como la etimología —tan difana— nos advierte. No exageraba José Gaos cuando calificó a la mano como «una exclusiva del hombre». El hombre es el solo ciudadano del Reino Animal que posee «manos». Me parece —hace tantos años que leí su librito— que el profesor Gaos homologaba la mano con la razón: «razón» y «mano» como «exclusivas» humanas. Quizá algún naturalista pueda alegar la agilidad de una garra o una pata más o menos hábil. Es igual. La comparación no se aguantaría: puede que para coger, para agredir, para rascarse, incluso para acariciar. ¿Para trabajar? La noción de trabajo admite tiernas distinciones: «laboriosas» son, desde las fábulas, las abejas, las hormigas y algunas otras especies. Pero no hemos de engañarnos: no es lo mismo. La mano es una garra inteligente, y eso constituye su singularidad: en el fondo, una dependencia de la razón...

Sea como fuere, no cabe duda: el hombre ha sido el único animal capaz de maniobrar o manufacturar en un sentido acumulativo, o, mejor —no se me tome a mal la palabra—, progresivo. Es «hombre» por eso. Se «hominiza» en su trabajo y en el producto de su trabajo, para poder ser cada vez más hombre, con el trabajo multiplicado. Se «hominiza»: el que se «humanice» o no, ya es otro asunto...

Como iba diciendo, las cosas son manobra o manufactura del hombre. Descarto el vocablo «creación», romántico, de peligrosas connotaciones teológicas. «Crear» nos remite a la Biblia: a la operación divina de sacar algo de la nada. En el mundo del hombre no existe la nada: siempre hay algo, y de ese algo se sacan los otros sucesivos. Un verbo sucedáneo es «inventar». «Inventar» equivale a «descubrir», y eso ya resulta más razonable. Porque «descubrir» es simplemente levantar «coberturas», y, en su proyección práctica, aprovechar tecnológicamente la ventaja. Todos los inventores se reducen a este esquema. Desde aquellos divertidos señores que contemplaban la caída de una manzana y enunciaban la Ley de la Gravedad, o veían hervir una marmita y proyectaban una máquina de vapor, hasta los doctores de la Relatividad, de la Fisión Nuclear, de los Trasplantes Viscerales, de la Cosmonáutica, de la Aspirina, de Lo-Que-sea. Indagan, llegan a una conclusión provisional, y procuran obtener de ella un rendimiento. «Inventar» es combinar conocimientos. Y más que conocimientos: cosas. Porque todo lo que conocemos se nos cosifica, se nos convierte en cosa material o conceptual, y tendencialmente «material», en definitiva. Otra remisión iluminadora sería la que indicase a los laboratorios: los que atienden a los virus o los que especulan con los carburantes, y los infinitos que se escalonan entre unos y otros. La mano continúa en primera fila: se «manipula». Pero manipulación, manufactura o manobra, la acción del hombre es siempre entre las cosas. Las cosas mandan. Cada cosa nueva deriva de las cosas precedentes: el hombre funciona como mediador.

Ciertamente, una cosa no se «reproduce» por sí misma. El robot que pare un robot, y él con sus retoños se erige en amenaza para la especie humana, es, de momento, una jovial hipótesis novelesca de «ciencia-ficción». Pero el hombre, cuando fabrica objetos —por muy «nuevos» que sean— no hace más que prolongar la eficacia de los objetos precedentes. Eso tiene un nombre, poco de moda hoy: tradición. El más extremado chisme electrónico que se proyecta, la pintura aparentemente más revolucionaria, el fármaco de súbita presunción milagrosa, las joviales candidaturas de construcción utópicamente urbanística, los ruidos de la élite musical de vanguardia, el diseño de los muebles, los comestibles de supermercado cada vez más diversos, la película de moda, las posibilidades

de circular en coche o en avión, todo, todo, todo, es una consecuencia —en general, favorable— de las cosas que sugieren nuevas cosas. El hombre «hace», y su producto se le convierte en reto y en condicionamiento, de cara a la posterior eficiencia... Empecé evocando cosas elementales: la batería de cocina, los asientos, los edificios. Una computadora, complejísima, no sale del esquema; ni sale de él cualquier nuevo truco de cirugía, de pintura o de cálculo bursátil... Los objetos son «lo objetivo», y eso, con independencia de lo que los filósofos opinen, se traduce en energía determinante. El hombre, metido entre las cosas que hace, no puede hacer sino cosas que —valga el tópico— corrijan y aumenten las cosas anteriores.

No me considero con autoridad para extraer conclusiones «sociológicas» de este planteamiento. Los profesionales del ramo dirán lo que crean conveniente: «conveniente» a su particular prejuicio de asignatura, partido, clase, cohecho o poesía lírica. Pero las cosas están ahí, y cada cosa engendra otra cosa. Cómplice o médium, el hombre interviene: las cosas le sobrepasan, y le obligan a sobrepasarlas. Este es el mecanismo de base... En un principio, unos personajes adámicos «inventaron» la rueda, la palanca, el martillo —¿o el martillo también es palanca?—, el fuego, —la chispa artificial—, el torno —¿no es la rueda?—, la... En conjunto tuvo que ser reducido y pragmático. Cuando ahora vemos rodar un carrito de cinta magnetofónica, perforada, cibernéticamente ágil, la «rueda» —una cosa, un primer objeto— se halla en los orígenes. Cosa tras cosa, estas nuestras cosas se articulan como una sinopsis genética. Hoy por hoy, en materia de cosas, tenemos más historiados los tropos de Shakespeare o de Bodino, las guerras púnicas o de Flandes, las alcobas de los Capetos y los Plantagenet, que no las «cosas» auténticas: tenedores, sietras, berbiqus, espejos, ácidos, sales, números, secreciones internas, y todo eso. Todo eso son «cosas». Todo son «cosas», a nuestro alrededor. Los negocios en trámite —cosas también— no se proponen más que la proliferación de cosas, para comprar y vender... Esto no tiene nada que ver con la «reificación» marxiana. O si tiene algo que ver, es para incluir y superarla... En una primera investigación modesta, sería útil averiguar la ascendencia de cada cosa. Inmersos en cosas que él mismo fabrica —homo faber—, el hombre, esa entelequia que denominamos «hombre», debería hacer sus cuentas. Por las cuentas que le tiene... Personalmente, ¡ay!, soy partidario de las cosas. Como todo el mundo, lo confiesen o no.

Joan FUSTER

T.V. 19" MARCONI

Precio total. 4.500 Ptas.

2 años garantía

SATEL

Rda. S. Pablo, 42-44

Toda clase de material para instalaciones ganaderas

CONEJOS CONEJERAS

MEALLA DE ORO ULTIMA FERIA INTERNACIONAL DEL CAMPO MADRID

MASALLES

PLAZA TSUTUAN, 13 - TELER. 2262362 - BARCELONA

T.V. 19" PHILIPS

Precio total. 6.000 Ptas.

2 años garantía

SATEL

Rda. S. Pablo, 42-44

ELECTROPIST

Equipos portátiles para pintar

EQUIPOS TIPO 1/4 H.P. y 1/8 H.P.

Rodabola

Av. J. Antonio, 600

Tel. 222 55 18 - 222 02 05

BARCELONA-7

1ª EXPOSICIÓN

libre catalá

del 30 de maig al 10 de juny

antie Hospital de la Santa Creu

carer de l'Hospital, 46